

EL PORVENIR

SEMENARIO TRADICIONALISTA

Franqueo concertado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Año: 4 pesetas.
Trimestre, 1 peseta.—Mes, 0'40 pesetas.
Anuncios: Precios económicos. Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja.
Pago adelantado.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Dirección y Administración: Santa Isabel, 26.

Puntos de venta: En Toledo, Puesto de periódicos de Ramón Garrido, Zocódober, 44.—En Madrid: Kiosko de *El Debate*, (frente a las Calatravas).

Número suelto, 10 céntimos.

EL TIEMPO DIRÁ

Desde que se estableció el bloqueo general de las naciones aliadas por los submarinos alemanes, Inglaterra, Francia e Italia publican periódicamente relaciones de los barcos que entran y salen en sus respectivos puertos; en sus relaciones aparecen miles y miles de buques, como si la mayor y la más bonancible normalidad reinara en los mares.

No tenemos a mano estadísticas de entradas y salidas en dichos puertos de épocas anteriores, y no podemos, por tanto, apreciar con exactitud si los submarinos entorpecen el comercio marítimo; pero si, en realidad de verdad, en quince días han entrado en Inglaterra cuatro mil setecientos setenta y siete barcos, ni uno menos, y si en los puertos franceses ciento ochocientos buques diarios en la última semana, todo eso del bloqueo submarino es un mito, y tanto franceses como ingleses pueden vivir tranquilos y sin temores, riéndose de los ilusos alemanes que creyeron hacer algo de particular con eso de los submarinos.

Pero da la pícara coincidencia de que, a pesar de todo ese inmenso movimiento marítimo, que supone, sinó abundancia, por lo menos lo suficiente para no pasar estrecheces ni penurias, los periódicos de Francia y de Inglaterra revelan serios temores y confiesan la gravedad de las circunstancias poco en armonía con ese tráfico que tan pomposamente anuncian las Agencias telegráficas.

En esas naciones se encarecen fabulosamente ciertos artículos; escasean muchos; el pan es ese mismo pan de guerra de que tanto se burlaron los mismos que hoy lo comen; se proyectan los racionamientos; se pide que se dediquen soldados a la agricultura para el aumento de la producción; se hacen cálculos sobre la existencia de cereales y las necesidades públicas; cunde la alarma en el pueblo y en la prensa, y no deben verse las cosas tan de color de rosa cuando afirman que estos instantes son los más graves de cuantos amenazaron a esas naciones desde los comienzos de la guerra.

Por eso no creemos en esas estadísticas gloriosas de tantos miles y miles de barcos como nos dicen que fuerzan el bloqueo, que entran y salen de los puertos aliados como si no hubiera submarinos dispuestos a sepultarlos en el fondo del abismo. Y no lo podemos creer porque, los que nos contaron tantas y tan resonantes victorias a medida que se veían acosados, y nos ponderaron avances cuando retrocedían y dejaban arraigar al enemigo en los territorios de sus naciones, y nos hablaban de la cobardía, de la indisciplina y falta de organización de

los soldados imperiales a la vez que, por todo lo contrario, éstos se imponían a sus enemigos; o invocaban la defensa de los pueblos débiles al mismo tiempo que esclavizaban a la infeliz Grecia, y se llamaban defensores y guardadores del derecho de gentes los mismos que la violaron tantas veces, no tienen derecho a que hoy demos fe a esas relaciones de buques que tan fácilmente hacen el tráfico en las naciones aliadas; es más, firmemente creemos que todas esas cuentas galanas constituyen precisamente el mayor indicio de que son muy contados los barcos que pueden llegar a su destino, y que todo eso se echa a volar con el fin de que haya incautos que se decidan a afrontar los peligros del mar y les lleven algo de lo mucho que necesitan.

En los principios, el arma del infundio pudo producir momentáneamente algún efecto; a estas alturas es muy difícil engañar, y como los hechos tienen más fuerza que los dichos, esperemos a ver lo que ocurre para dar crédito a esas informaciones aliadófilas, bastante menos eficaces que los torpedos de los submarinos.

IMPRESIONES MADRILEÑAS

A vista de la revolución que a la marina mercante en general y a la enemiga en particular ha causado el bloqueo austro-alemán y el daño enorme que los submarinos han hecho a su comercio, especialmente del contrabando, tienen valor para usar del tópico hablando con mofa de su resultado.

Medida teatral, que es propensión del Kaiser, ha dicho un personaje francés, es lo del bloqueo, y ese será su efecto.

Medida teatral, y van hundidos en diez días un número tal de buques que, en proporción, en muy pocos meses, los jóvenes germanos que tripulan heroicos esos barquitos por las entrañas del mar, acabarán con toda la flota de comercio aliada.

Medida teatral, repiten los ingleses para quitarse el malestar y el miedo que les debe producir verse privados del comercio del mundo y hundidas las naves que llevaban a los grandes, a los escogidos, a los semidioses de Albión los más ricos frutos de todos los países; *medida teatral*, y creen no sea bastante haber fijado el número de platos para alimentarse y hayan de apelar al racionamiento. ¡El racionamiento a los señores de la-mesa, a los aristócratas del paladar, a los Lores!

¿Es teatral haber puesto término al auxilio infinito que recibía para combatir a su rival y amenazarla con la misma arma del hambre con que fácilmente pretendió aniquilarla; es teatral abatir y anular el poder de Inglaterra, la moderna Cartago, en el mar, y abrir en él un abismo que se trague su fortaleza, sus tesoros y hasta sus escuadras?

Pues si tal hace Alemania, y va camino de ello segura, alcanzará la victoria más inenarrable, produciendo el hecho más estupendo y glorioso de la presente época.

Pero si lo teatral está en las palabras, en los planes sin realizar, en los fracasos, no en los triunfos conseguidos y las conquistas alcanzadas, ya sabemos a quién corresponden unas y

otros y la realidad y trascendencia que tiene a la fecha el bloqueo ridiculizado.

Si hubiera tiempo y los espíritus disfrutaran de la serenidad y reflexión que perdieron con el primer cañonazo que anunció la contienda, sacaríamos las consecuencias y grandes enseñanzas que nos ofrecen los acontecimientos que la han seguido. Y el particular contraste que ofrecen unos y otros pueblos y los procedimientos opuestos de sus hombres, no sería el estudio menos interesante y de útiles efectos.

Así hoy podemos apreciar lo que vale Alemania, y de lo que es capaz el pueblo a quien tan malamente se ha pintado y juzgado; empezando por ir rectificando juicios, como por ejemplo, el que hicimos de su ineptitud sus mismos admiradores y partidarios cuando la suponíamos desorientada, descuidando la misión especial de la prensa, como si inhábil hubiera dejado en manos de sus enemigos las agencias periodísticas y de información que tan saludablemente la combatían e infamaban. Temíamos por su suerte, la creímos vencida e injuriada con ese arma, no teníamos la visión y la conciencia del momento, y fácilmente creímos, con sus adversarios, que una ola de literatura, un mar de discursos y mentiras que es el mal de Europa, la causa de la decadencia de la mayoría de sus pueblos, la aplastaría; cuando Germania, serena, se preparaba en secreto a estos aprestos y luchas decisivas y reales y nos sorprendería con sus hazañas, como la reserva de sus submarinos.

Mientras en unos pueblos hacían oratoria, en los de sus vecinos fabricaban morteros, y construían zeppelines y submarinos, y a labor tan distinta corresponde un tan grande desengaño de la realidad.

¿De qué les ha servido ni valdrá tanto discurso, sinó tienen otras armas para conquistar los cinco reinos que les quitó el enemigo; podrán con el ajeteo de los viajes y conferencias sustraerle el norte de la Francia, cuya posesión le es tan provechosa y evitarse que tengan que recurrir al empleo de la introducción de cebada en esta rica nación y su aliada Inglaterra para combatir la escasez a que les obliga tan crítica situación?

Y el Kaiser es el que va al frente de ese pueblo, estimulándole con su ejemplo y guiándole con su saber en la paz, y con su patriotismo conduciéndole a la cumbre de la gloria en la guerra más formidable de los siglos.

Hermosa lección y grandioso ejemplo para que los hombres y los pueblos sean virtuosos y alcancen la prosperidad y la superioridad que sobre sus enemigos y todos los pueblos juntos lleva Alemania.

El nuevo Deán.

Para la vacante producida por el ascenso al Tribunal de la Rota del Sr. Guerra y Cortés, ha sido nombrado por la Corona Deán de Toledo el M. I. Sr. D. Narciso de Esténaga y Echevarría, Dignidad de Arceidiano de esta misma Iglesia Catedral.

Conocido de todos el nuevo Deán, no hemos de hacer una presentación de él; pero no está demás recordar que el Sr. Esténaga es de esta Diócesis e hijo de este Seminario, en el que cursó toda su carrera, con tan notable aprovechamiento, que desde luego se reveló como hombre de extraordinario mérito, llamado a ocupar los más preeminentes puestos del Clero español.

Muy joven aún y paso a paso llegó a la más alta Dignidad catedralicia de España, y lo que

es más notable, sin salir de su Diócesis; recién ordenado, ocupó, por oposición, un Beneficio en nuestra Catedral; al poco tiempo, y también por oposición, era Canónigo de la misma; después fué ascendido a la Dignidad de Arceidiano, y hoy, a los 34 años de edad, se halla al frente, como Deán, del Cabildo Primado.

No obstante su juventud, es el Sr. Esténaga hombre de grandes prestigios por su vasta cultura, por su asiduidad al trabajo y su madurez de juicio; en el tiempo que lleva desempeñando la Secretaría de Cámara ha demostrado exquisito tacto y dotes singulares de gobierno; la sencillez de su trato y su afabilidad de carácter le conquistaron infinitas simpatías e innumerables admiradores que aplauden hoy y se felicitan por que tan elevada Dignidad haya recaído en un hijo de este Seminario, que tanto le honra con sus triunfos.

A las muchas felicitaciones que el nuevo Deán recibe, unimos también la nuestra muy sincera, que hacemos extensiva al respetable Chantre de esta Catedral, D. Joaquín de la Madrid, que tanta parte tiene en la educación y dirección del Sr. Esténaga.

El Cuento de Carnaval.

A mis inolvidables nenas María y Juanita Marin Blanco, afectuosamente.

María y Juanita son dos niñas muy amables que viven ahora entre cielos alegres y olorosas flores, en la ciudad sultana de los jardines, en Sevilla la ideal. La primera es morena, de ojos grandes y negros, llenos de misterio y poesía; la segunda es rubia, de ojos azules y soñadores como los del Ángel del querer; para ellas son estas líneas trazadas a vuela pluma en medio de la barahunda de este Carnaval que gasta las energías del cuerpo y aniquila las almas.

Fué, y no há mucho tiempo, cuando mis bellas amiguitas dijéronme al oído, en secreto, que se iban a disfrazar para dar una sorpresa a su papá; mi mamá, añadieron, ha encargado a la modista que nos haga los trajes lo más pronto posible.

—¿Y cuál ha de ser vuestro disfraz?—dijéles yo sonriente y poniendo un beso de fraternal cariño en sus frentes blancas como la inocencia.

—El mío, contestó María, de batarra.

—Y el mío de militar, agregó Juanita; con el «Tiu» en medio para que nos retraten luego.

Y el «Tiu», lector, era un minúsculo perrillo, blanco y negro, amigo inseparable y favorito de las niñas.

Durante quince días fueron el martirio de la modista encargada de la confección de los trajes.

Visitas por aquí, visitas por allí, subida y bajada de escaleras, porque vivía en la misma casa que ellas; y era de ver cómo la asediaban a preguntas; cómo, absortas, contemplaban la labor incansable de la aguja, que iba transformando aquella multitud de pedazos de tela en los trajes y vestidos que ellas lucirían en el próximo Carnaval.

—¡Oh!, qué bonita es mi falda de colores!, decía una.

—Más es mi guerrera, con los botones dorados, replicaba la otra, haciendo un graciosísimo mohín, al mismo tiempo que le preguntaba a la modista si estaría pronto.

Y la modista, por librarse de aquel aluvión de preguntas, contestaba que sí, mientras que la máquina dejaba escapar su monótono «tac», «tac»....

Y el Carnaval llegó con sus miles ruidos y su gritería ensordecedora y continua.

El día antes fueron terminados los trajes, en medio del desasosiego de las encantadoras niñas, que veían acercarse el tan deseado día sin que aquellos estuviesen hechos.

Y aquí empieza lo más gracioso: hubo risas al principio, enfados después, por cual de los dos era el más bonito, y a la postre lloros, porque su mamá tuvo que terciar en la cuestión, propinándolas un par de azotes a cada una, que le dolieron más a ella que a las niñas.

Yo, en verdad, deseando estaba verlas disfrazadas, para dar a la que más me gustase un paquetito de caramelos, pero hube de desistir temiendo que una se enfadase si a la otra la obsequiaba, y así opté, y era lo más natural, por darles a las dos el mismo regalo.

No se hicieron mucho de esperar, serían, poco más o menos, las diez de la mañana, cuando recibí la visita de ambas, que estaban preciosísimas con su vestido de baturra la mayor, o sea Mari, como yo la decía, y con el de oficial de Cazadores Juanita, la pequeña.

—Mira, mira, me decían las dos al mismo tiempo; cuál te gusta más.

—¿Verdad que el mío?, decía una.

—Pues no, replicaba la otra, es el mío y empezaba a dar paseos por el comedor con un aire marcial de guerrero consumado.

—Las dos estais muy monas, contesté yo, y los trajes son preciosos: ¿os ha visto papá?

—¡Sí! ¡Sí!, y nos ha regalado unos juguetes que ya te enseñaremos; ¿y tú, qué nos vas a dar?

Y por toda contestación las enseñé los paquetitos de dulces que habíales preparado, y se los di.

—¡Gracias!, ¡gracias!, dábanos un beso.

Y abracé a las dos con verdadero cariño de hermano; en aquél instante llegó el «Tiu», atraído por las risas inocentes de las niñas, y también hubo para él besos, abrazos y hasta caramelos, que el goloso del perrillo mascaba con avidez mientras saltaba a su alrededor.

Ha pasado un año.

Mis bellas amiguítas están lejos de aquí; viven en Sevilla, la ciudad de cielos azules y claveles rojos como rubies ensangrentados, y yo me acuerdo mucho de ellas, mucho; y al llegar estos días del Carnaval bullicioso, que mata las energías del cuerpo y aniquila las almas, entre las risotadas burlas de una turba ebria del placer que degrada, he pensado: ¡Qué felices eran las inocentes niñas con sus trajes sencillos y caprichosos, y con el alma inmaculada!

¿Y qué felices son, al parecer, los que por la calle discurren con el antifaz cubierto el rostro, pero... qué desgraciados, porque sus cuerpos y sus almas están sucias por el fango de la concupiscencia asquerosa.

Y ahora me despidió de vosotros, con esta pregunta: ¿Os ha gustado el cuento, que tiene mucho de realidad?

MARIO DEL VALLE.

Toledo 1917.

Cómo mueren los impíos.

El que no se engaña ni puede engañar, porque es la misma verdad, ha dicho que la muerte de los impíos es desastrosa, *mor peccatorum pesima*, lo cual viene a confirmar aquel otro dicho: *sicut vita fenis ita*: como es la vida suele ser la muerte. Y a este propósito recordamos haber leído en una publicación de lengua inglesa, ciertos detalles sobre la muerte del impío Voltaire, que queremos dar a nuestros lectores: «Son muy valientes contra Dios los impíos—dice el *Philippine Catholic*—cuando gozan de buena salud; pero cuando ésta les falta, son los hombres más cobardes que pisan la tierra». Voltaire, que se había mofado de Dios, que había puesto en juego todas sus facultades, dignas, por cierto, de mejor causa, para luchar contra el Cristianismo durante los años de su larga vida, al fin vino a ser víctima de un temor cobarde. Le atormentaba el pensamiento de que si moría impenitente, sus restos serían arrojados a un albañal o a una cloaca.

Aquel que se jactaba de ser el gran escarnecedor, que se llamaba a sí mismo el mayor enemigo del Cristianismo, cuando cayó enfermo, ya hizo la señal de la Cruz; es más, se le oyó recitar el *Confiteor*, del mismo modo que le recitan los que se acercan al Tribunal de la Penitencia, con las debidas disposiciones, y en fin, se le vio tratar sobre el importantísimo negocio de su salvación con un Confesor. Pero Voltaire murió como había vivido, separado de Dios.

Partió de esta vida lleno de desesperación, y repitiendo una y mil veces que estaba abandonado de Dios y de los hombres, y que este abandono lo tenía muy bien merecido.

Deseaba que a su cadáver se le diera sepultura eclesiástica.

Mr. Frederic Lachevre publicó en París, hace unos años, un documento que hasta entonces había sido desconocido. Se titula así: «Voltaire.—Examen verificado en el año 1778 acerca de las circunstancias de su última enfermedad». Mr. Arthur Prensens, en el *Fortnightly Review*, hace un resumen de la materia contenida en dicho manuscrito, del modo siguiente: «Lachevre dice que ese manuscrito es un verdadero informe que se hizo desde el mes de Junio de 1778—el día siguiente de la muerte del filósofo—hasta el primero de Diciembre del mismo año; que es un documento en toda forma, y que el autor es seguro en todas sus narraciones. No se sabe a punto fijo quién fué el que le escribió. Algunos dicen que fué un Prelado, que, a fin de combatir las impías doctrinas de Voltaire, quiso tener noticias ciertas y auténticas sobre la muerte del filósofo.

Nada importa, sin embargo, que haya duda acerca del autor del documento; esto en nada disminuye su valor, por la sencilla razón de que nosotros sabemos y podemos acudir a las fuentes en que él bebió. De las cartas y otras pruebas que se aducen en la *Enquete*, podemos inferir que el autor se relacionaba—de aquí el valor del informe—con el Abate Gaultier, quien fué a confesar a Voltaire, y con Mr. De Tersac, Cura de San Sulpicio y Párroco del mismo Voltaire. También tenía correspondencia directa con Mr. Try, con el Cirujano, con Brizard, discípulo de Voltaire, que no se separaba un momento de la cabecera del enfermo, y con las dos enfermeras Roger y Bady. Es, pues, nuestro manuscrito—continúa Lachevre—una copia fiel y exacta de respuestas dadas por personas que estuvieron con Voltaire, así es que nada tiene que ver con esas colecciones que suelen hacerse a la ligera de retazos de periódicos».

A la pregunta ¿murió el gran enemigo del Cristianismo tranquilamente y como un filósofo? contesta Lachevre lo siguiente: «Uniendo las pruebas ya conocidas, algunas de las cuales son contundentes, a los hechos de que damos cuenta en nuestro manuscrito, podemos afirmar, sin reparo alguno, que Voltaire concluyó la carrera de su vida, desesperado, maldiciendo a Dios y a la Naturaleza. Desde el momento en que se persuadió de que era llegada su última hora, su único cuidado fué procurar que sus restos mortales no fueran arrojados a un muladar. Este temor le molestaba mucho a todas horas. Todas las manifestaciones de fervor religioso que hizo durante el curso de su enfermedad, las hizo impulsado únicamente por el temor de que, si moría enemigo declarado del Catolicismo, sus restos serían deshonrados de ese modo. Esto lo demuestra evidentemente un diálogo que tuvieron el Dr. Lorry y Voltaire, unos tres meses antes de la muerte de este último. (Lachevre, página XVI).

Las gentes se habían ocupado muchas veces en pensar cuál sería el fin de Voltaire. Su Médico Tronchin, escribía en 1773 lo siguiente: «Me llevaré un gran chasco si es que muere alegremente, como ha prometido».

Según el manuscrito ya mencionado, Voltaire llegó a París el 10 de Febrero de 1778. Su llegada causó gran excitación en la capital. Fueron Comisiones a saludarle, y el viejo y orgulloso bufón se deleitaba en ello. Benjamín Franklin, que a la sazón estaba también en París, llevó a su nieto, le hizo que se arrojase ante Voltaire y que le pidiese la bendición.

Poco después, Voltaire fué visitado por una repentina y penosa enfermedad. Mr. De Tersac, Cura de San Sulpicio, fué a visitarle, y le permitieron la entrada. Animado por el éxito, repitió las visitas, creyendo que sus esfuerzos no habrían de ser infructuosos. Al fin pudo convencer al enfermo de que para recibir los Sacramentos era necesario, en primer término, hacer una reparación pública del escándalo que antes había dado. Pero cómo se había de hacer esta reparación? ¿Qué publicidad había que darla? El astuto filósofo, muy versado en cuestiones de doblez, procuraba diferir la reparación, insistiendo en detalles inútiles. Lo que no cesaba de atormentarle era el temor de ser sepultado sin los honores y ceremonias de costumbre. Su Médico le oyó exclamar una vez, durante el sueño: «No, yo no quiero ser arrojado a un muladar, como lo fué La Cowreur—este era el

nombre de una famosa actriz, a quien el Cura de San Sulpicio no quiso dar sepultura eclesiástica—. Mas cuando se le propuso a Voltaire y a sus amigos que era necesario hacer retractación pública, rehusaron los servicios del Cura de San Sulpicio.

Inmediatamente avisaron al Abate Gaultier, juzgando que éste sería más condescendiente que el Párroco. El Abate no se hizo esperar, y acudió pronto a la cita. Voltaire se santiguó y empezó a recitar el *Confiteor*, preparándose para empezar la Confesión. El Abate le recordó el deber que tenía de hacer una retractación pública de los grandísimos escándalos que había dado. A fin de ahorrar tiempo y no molestar al enfermo, había él preparado una fórmula; la sacó del bolsillo y pidió al filósofo que la firmase. Voltaire se negó a ello, y compuso él otra, entregándosela después al Sacerdote. Éste, sin embargo, la juzgó demasiado breve, y además ambigua e insuficiente. El Cura de San Sulpicio y el Abate Gaultier procuraron de nuevo reconciliar al enfermo con Dios.

Voltaire, empero, amenazó varias veces al Cura, y le dirigía miradas feroces. Al mismo tiempo pronunciaba palabras que, aunque no podían ser entendidas por las circunstancias, éstos adivinaron fácilmente su significado, por la actitud amenazadora del paciente. El Cura cedió el lugar al Abate Gaultier. Al oír la voz de éste, cesó algún tanto la furia del rabioso enfermo, quien hizo algunas propuestas ridículas, sospechando todos que serían agudezas o chistes. En vista, pues, de la inutilidad de sus esfuerzos, ambos Sacerdotes se retiraron.

Los circunstantes horrorizados.

Lorry, Regente de la Facultad de Medicina de París, y Tronchin, pasaron a ver al enfermo. Tronchin y otro Médico estaban en la cámara mortuoria el mismo día en que murió Voltaire. Era un sábado, a las diez de la noche. Cuando examinaron al enfermo le creyeron muerto, pues estaba sin pulso y sin movimiento. Uno de ellos se acercó con una vela en la mano y tocó la frente del moribundo. Éste, entonces, abrió los ojos, y según las palabras de ambos doctores le echó una mirada feroz y dijo en tono aterrador: «Dejadme morir». Momentos antes de expirar dió un grito terrible e hizo tales contorsiones con el rostro, que todos los circunstantes quedaron horrorizados.

Tronchin—continúa la *Enquete*—, Médico protestante, cuyo testimonio no puede ser sospechoso; Tronchin, que no se retiró un momento del lado del enfermo, impresionado con tan espantosa muerte, exclamaba poco después: «La imagen de Voltaire me persigue a todas partes... no puedo desecharla y no puedo acordarme de ella sin estremecerme. ¡Qué muerte! ¡Qué lástima que no la hayan presenciado los incrédulos de París! ¡Qué lección tan admirable hubieran recibido!».

También hemos leído en una carta, escrita en Octubre de 1778, y que versa acerca de algunas conversaciones tenidas con el mismo Tronchin, lo siguiente: «Voltaire, al morir, no dió muestras de sentimiento de dolor saludable, sino que murió desesperado y repitiendo sin cesar que le habían abandonado Dios y los hombres, y que lo tenía bien merecido».

El manuscrito sigue relatando además los tristes e infructuosos esfuerzos que los amigos de Voltaire hicieron a fin de que el cadáver recibiera cristiana sepultura en Scellieres.

ARENAS.

ACUARELAS

VII.

Romántica.

En un claustro severo y sombrío, como evocador y quimérico, de la mezquita granadina, se encuentra, sugestionado por su inspiración soberana, Octavio José, trasladando al lienzo el espíritu de una arquitectura asombrosa, que habla de bélicos ardores como voces de gesta, y modula sonatas de amores como pechos que sienten la ilusión primera de la esperanza.

Hállase abstraído, ensimismado, preso entre las garras sedantes de su arte excelso. Nada, nada turba su quietud, ni molesta su presencia. El lienzo, al principio seco y pálido como jarámagos de esto, adquiere tonalidades primorosas que encantan. La obra adelanta porque el artista trabaja. El paisaje ha quedado casi terminado. Le falta un rasgo, algo que simbólicamente

y exprese el anhelo de su alma joven, algo que es ajeno al cuadro, pero que al vivir en él quiere en su obra expresarlo.

Octavio mira al lienzo, arrobado y extático, teniendo en una mano la paleta y en la otra su pincel. Pide inspiración. No llega. Está al sorto... pero ya no está solo. Han llegado unos visitantes, turistas acaso, enamorados del arte. Nuestro pintor no se ha fijado. De sus manos trémulas cae el pincel avergonzado de la falta de inspiración de quien le aprisiona... pero la manos divinas y botilelliscas de una damita gentil le ha levantado, ofreciéndosele reverente. El pintor, con una sonrisa subyugante con su arte, seguida de unas palabras galantes agradeció la atención. La charla empieza, se prolonga y adquiere interés. Octavio José ordena recoger sus bártulos, y sirve de acompañante a los turistas. Recorren la mezquita. Se despiden. La damita, con un suspiro que puede ahogar. Su papá, con una ceremonia vesallesca, helénica y rígida. El pintor ha tenido una sonrisa que encendió el corazón de la ingenua, y unas palabras que penetraron con dagas florentinas sobre la coraza dura de alma impenetrable. Octavio José ha vencido hiriendo un corazón con su sonrisa e hiriendo un alma con su bondad.

A lo lejos del claustro se pierden las miradas tiernas de unos ojos de mujer, mientras prolonga la visión un rayo de sol que penetra por la ojiva milenaria de cristales rajados, y eco de sus pasos desaparece también abogando por la sinfonia litúrgica de los órganos de la Catedral.

La doncellita de rubias guedejas perdió su tranquilidad y el pintor su inspiración. En el Claustro empezaron a verse sin previa cita. El amor tendió las redes, y un día sellaron un pacto de sus almas con un beso sacrilego, pacto que fué en lugar santo. Creyeron ser felices pero no lo fueron porque el Señor, de rostro adusto, se opuso, y la desgracia voló en torno de sus almas; pero el pacto estaba hecho y cumpliría. Sonaría eternamente en sus oídos, chasquido de aquel beso. La doncellita se puso enferma. Nuestro pintor quedó sin respiración. Iban a morir... pero eran jóvenes, y la juventud no se resigna a morir, y no murieron. Si corazón es sentimiento y sentimiento es arte, aquellos dos corazones sentimentales no podían ser destrozados, porque moriría el arte y el arte no envejecerá ni muere.

La niña, tímida y enamoradiza, es una damisela egregia, y el pintor que vió su arte perdido en un mago artista que celebrará su éxito de resonar inmenso. La sociedad premia su esfuerzo con su homenaje. Octavio José se prepara para ir a su asistencia. Todo es alegría, luz y colores. Van a despedirse el artista y su esposa. El pintor muy de frac y su bella esposa sostenidos en sus brazos amantes una niña muy linda; mientras le coge las manos y con frenesí le abraza. Se dispone a salir y de repente un anciano, guiado por la mocita y un pequeño, penetra en la habitación, y en ella resuenan los ecos de unas voces infantiles que dicen: «Papá un beso». Y ahora, espera, que el abuelito quiere abrazar. Aquel abrazo contenía todo el poema de su vida. El que se pensó triunfante se vió vencido, porque el cuadro que presentaba era superior a cuanto él pintara. Desde entonces se dedicó a pensarle y también triunfó y fué aquel triunfo el rotundo, el definitivo, de la consagración, porque aquel cuadro era epílogo de santo de su vida amarga, no de su vida amarga de cuantos allí se vieron dibujados, excepto los niños, que al ver la seriedad de aquellos momentos empezaron a reír y jugar.

ELEERSBAAN SERRANO RODRIGUEZ.

Nota. Amigo lector, si estas crónicas, escritas al vuelo, llegaron a interesarte, no creas que al suprimirlas ahora es porque abandoné este valiente semanario. He de luchar ahora con oposiciones difíciles, y hasta que éstas se hechas, dejaré de escribir. Luego volveré otra vez a hacerlas, y nuestra comunicación será reanudada.

Favores del Letradillo de Santa Teresa.

EN VILLAFRANCA (CORDOBA)

Comencé a notar un pequeño grano en el pecho, que paulatinamente crecía hasta formar

seme tumor del tamaño de un huevo; sentía en él intensos dolores, pero me ruborizaba manifestarlo al Médico, pasando dos años en continuo martirio. Recibí estampas y reliquias más una novena de Sor María de Jesús; la empecé con verdadera fe, pidiéndola que ella me curase sin que me fuera preciso recurrir a Médicos y medicinas; también me aplique su estampa y reliquia sobre el tumor, y dentro de los días de la novena cesaron los dolores y fué desapareciendo el tumor. Hoy, gracias a Dios y a la Santita, estoy curada; publico el favor como lo prometí.—ALEJANDRA BARRIENTOS.

EN ALMENDRAL (TOLEDO)

Me encontraba anémica, y efecto de esta enfermedad, acompañada de fiebre continua, sin poder proseguir los estudios del Magisterio. En contrándome en Toledo, fui a postrarme ante el sepulcro de la Santita Sor María de Jesús, y la supliqué allí mismo me alcanzase la salud si me convenía. Pronto oyó mi súplica, pues desde aquella fecha me siento completamente bien, pudiendo volver de nuevo a mis tareas. Gracias *Letradillo* de la gran Madre Santa Teresa, no me abandones y sigue favoreciéndome.

En testimonio de mi agradecimiento a la milagrosa Santita Sor María de Jesús, deseo se publique este grande favor, y he dado para su Beatificación 5 pesetas.—CONSUELO FERNÁNDEZ.—Enero-12-1917-Almendral.

EN VALENCIA

Tenía a mi hijo sin trabajo hacía bastante tiempo, lei en el periódico los favores que alcanza la Santita de Toledo Sor María de Jesús, y la comencé una novena; durante ella se le presentó a mi hijo la colocación que tanto deseábamos, la cual atribuímos a la intercesión de la Santita.

Agradecidos a este favor hemos entregado para su Beatificación lo primero que mi hijo ganó de su salario.—NICOLASA GRANOLLER.—Valencia-4-I-1917.

EN TOLEDO

Me vi atacada de un fuerte dolor en los riñones durante algunos días sin poderlo combatir con los remedios que se me aplicaron. Recordé que tenía una reliquia de la Sierva de Dios Sor María de Jesús, me la apliqué a la región lumbar y me encomendé a ella con fervor; al momento desapareció el dolor, sin que haya vuelto a presentarse.—PATROCINIO ZALABARDO.—Toledo-2-II-1917.

EN MADRID

Dos señoras muy agradecidas a los favores recibidos de la Santita Sor María de Jesús, *Letradillo* de Santa Teresa, entregan 35 pesetas para los gastos de su Beatificación.

CARNAVALESCA

La sonrisa de Arlequín.

A mi primo Ernesto Díaz, en su juventud risueña.

Genoveva de Pinoreal, la damita sugestiva y linda que, ante sus amores contrariados, se arrojó desesperada y pasional a la calle desde los balcones de su elegante Hotel, no era feliz en su matrimonio. Casada con Jorge Verdier, el mundano incorregible que vivió en su fortuna medio de rehacer su posición, empezó a sentir, en su corazón sensible, la aguda espina de la desventura. Crecía ésta a diario, porque el casquivano esposo se alejaba de ella rápidamente, ligeramente, y así, resignada y buena, después de conocer la traición de Jorge, evocaba en su soledad, como un sedante que disminuía su desconsuelo, las inflexibles palabras de su anciano padre: «Cásate... pero es un infame». Y luego, con lágrimas copiosas y ardientes, desahogaba su amargura infinita; lágrimas crueles que borrraban para siempre la felicidad que soñó en un día de ilusión, y que dejaban vacío un lugar donde empezaban a refugiarse los horrores de una implacable tragedia en la que su corazón iba a ser protagonista.

Al principio Verdier tuvo algunos reparos, que desaparecieron pronto ante la seguridad de que su amante esposa no había de tener la más leve sospecha... pero puesto en el camino de la liviandad, rodó veloz, y con el cinismo más descarado continuó su depravación. Genoveva, sin poder soportar sus vilezas, pretextó una enfermedad, y un día, en unión del viejo

Mayordomo de la casa, partió hacia su finca del Clavel. Sufrió otro engaño, y en su corazón de mártir colocó otra flor. Ella pensó arrastrar consigo a su esposa, pero éste, disoluto y perverso, no la hizo caso, y por si suficiente motivo no fuera ese, sus negocios, sus inaplazables negocios, negocios que nadie conocía, fueron la careta con que cubrió su deslealtad.

Ante perfidia tal, Pinoreal no llegó a la desesperación, sino que escribió con lágrimas de fuego en su corazón destrozado estas frases: «Esperar y resignación». Y de esta manera se dormía todas las noches, quebrantada por un latigazo de su desprecio, y se despertaba, cada mañana, esperanzada con una nueva ilusión.

Transcurrieron los días, las semanas, los meses, y la ingenua mujercita, en su retiro del Clavel, vivía apenada y triste el terrible drama de su desdicha. Sólo los consejos del criado Rafael la servían de alivio en su soledad tormentosa.

Jorge Verdier, cada día más disoluto, hundía su fortuna en la crápula más escandalosa, en la orgía más repugnante, y allá muy de tarde en tarde solía escribir a su martirizada esposa ofreciéndola una visita, visita siempre retardada, sin llegar nunca. Genoveva se sintió desfallecer y sucumbir... pero, heroica y fuerte, quiso ganar la victoria jugando en una última carta su porvenir brumoso.

Cierta noche Jorge recibía un telegrama urgente; era que Genoveva de Pinoreal se encontraba gravísima. Esto que al principio fué sólo una sutileza de mujer enamorada, se convirtió en una realidad brutal. Y cuando él, alejado, llegó al Clavel, Genoveva agonizaba en su lecho. Pasó la enfermedad cruenta, y una franca mejoría tranquilizó a Jorge. Éste se había mostrado con aquélla, durante su gravedad, lo suficiente solícito para que nadie pudiera dudar de su fidelidad conyugal... pero no era por eso, es que muriendo Genoveva, Verdier perdía su capital, y con su capital terminaría su prodigalidad y su desenfreno.

En la ciudad provinciana, próxima a la Quinta de Genoveva, se preparaban con gran entusiasmo los festejos del Carnaval, y Jorge pensó que él podía gozar grandemente. Y hombre corrido, preparó un plan excelente para la noche del lunes, noche en que el Casino daba su baile de gala en el Teatro Victoria... pero ese plan hasta en sus detalles más nimios fueron conocidos por su esposa, ayudada por los fieles servicios del buen Rafael. Genoveva creyó llegada la ocasión de vengar tantas afrentas y de regenerar a su marido encenagado.

Jorge Verdier, muy de frac, besó a su esposa, y se encaminó hacia la ciudad... A los pocos minutos, otro auto conducía a Genoveva.

Todos los protagonistas se encuentran en el amplio salón del teatro adornadísimo. Los hombres de rigurosa etiqueta, y las mujeres con vistosos y artísticos disfraces.

Verdier conserva su incógnito, y acompaña a una Colombine bellísima, que deslumbra entre las hermosas. Bailan engreídos y ufanos, recreándose con las voluptuosidades de un vals nostálgico. En la sala hay un intenso perfume, en rara mezcla, de la flora más fragante. Los gritos y voces de la multitud alocada se confunden, formando un ruidosísimo concierto, cuyo eco no repercute en nadie, ni por nadie es oído. Los labios, bermejos y encendidos, tanto como las infinitas bujías que arden espléndidas. Los pies se arrastran por el leve rozamiento de una alfombra de confetti, y los palcos y plateas mantienen su comunicación por un espeso tejido de caprichosas serpentinatas. En el recinto del salón se respira un hálito enervante, y por un baño de nerviosismo parecen galvanizarse los corazones.

Del baile se aleja presurosa una pareja, haciendo irrupción en el buffet. Se sientan sobre los divanes muelles, y sobre unas copas de fina cristalería, salta incitante y juguetona la espuma del champagne. A través de las cancelas medio abiertas llegan a su rincón los extridentes ecos de una tocata pasional. Ríen como bobos payasos, ante los aplausos del público satisfecho. Quieren perderse en el misterio de una noche de orgía... pero todos sus movimientos han sido oteados por una mascarita interesante, que luce traje de Arlequín. Los enamorados del buffet saborean, deleitados en su soledad, los efectos de la bebida embriagante... pero Colombine y Pierrot no han contado con Arlequín grotesco. Éste, con su gesto vengativo y trágico, aparece en escena. Verdier se conmueve de espanto ante el arma de su adversario. Caé de rodillas, como un arrepietido, mientras

la careta de Arlequín sonríe mefistofélica. Por vez primera en su vida Jorge Verdier es humillado. Ha sentido, sobre su alma envilecida, el peso enorme de su castigo merecido. Arlequín hizo rodar por los suelos la careta del Don Juan, mientras la astudiza Colombine salía del buffet. Después de breves instantes en que Jorge, azoradísimo, interroga la mudez de su ofensor; éste, cara descubierta, le sonríe benévolo.

En un momento, el mundano incorregible ha tenido conciencia de su deber, y abrazado a su esposa la pedía perdón.

Se han cubierto las caras, y en la obscuridad de la noche de invierno, el trepidar de un auto avisa al Mayordomo del Clavel la llegada de sus dueños.

Han pasado unos días. La convaleciente se halla fuera de peligro, y para festejar bien tan grato, los salones del Clavel se han abierto a las amistades de sus señores. La fiesta se celebra concurrida y alegre; a ello contribuye la bondad de una mujer honrada y la distinción de un hombre galante. Y no es extraño, porque esa fiesta se dió en abricias de los enfermos que sanaron: Genoveva de su enfermedad aguda; Jorge de su disolución perversa.

E. S. R.

Madrid 19 Febrero 1917.

PROVINCIALES Y DIOCESANAS

PUEBLA DE MONTALBÁN

Función Religiosa.—Con motivo de la inauguración de dos hermosas imágenes de los Sagrados Corazones—valioso regalo que la piadosísima Sra. D.^a María del Río, viuda de don Tomás Echevarría, acaba de hacer a la Comunidad de Franciscanos—, el día 19 del actual se celebró en la Iglesia de San Francisco, de este pueblo, una Misa solemne, a la que fueron invitadas las personas más principales de la localidad. De Torrijos vino exclusivamente a la Función D.^a Juliana Pérez, sobrina de la donante.

Celebró la Misa el Rdo. Padre Guardián del Convento, y le asistieron de Diácono y Subdiácono los Padres Dionisio Casanova e Ismael Rubio. En el Coro se cantó una Misa del Maestro Brós, a cuatro y ocho voces. Antes de la Misa, el mismo Padre Guardián bendijo las imágenes, las cuales han sido colocadas a los lados del Altar Mayor, y descansan sobre dos magníficos pedestales de madera, pintados de diversos colores. Uno de ellos lleva el anagrama J. H. S. y el otro una M., ambos de relieve y primorosamente labrados por nuestro querido suscriptor y amigo D. Román Vera, y por su hijo Vicente.

A uno y otro damos nuestra más cordial enhorabuena, lo mismo que a la generosa señora, antes mencionada, deseando a la vez que todo sea para mayor honra y gloria de Dios.—EL CORRESPONSAL.

AYUNTAMIENTO

Sesión del día 21.

Presidida por el Sr. Maymó y con la asistencia de los Sres. Aparicio, Hormaechea, San Román, Gamero, Villarreal, Sancho, Marina, Mora, Alegre, López y López, F. Villarrubia, vanden-Brule, Marín, Hernáez y Mateo, se celebró la sesión municipal del día 21.

Después de aprobada el acta de la sesión anterior, se verifica el sorteo de los Sres. Contribuyentes que han de constituir la Junta municipal en el presente año, y sin discusión—porque sin duda se hallan los señores cansados de estos días—pasa a la Comisión 3.^a una moción del Sr. Villarrubia, en la que propone la construcción de un muro en el paseo de San Cristóbal; otra del mismo señor solicitando la colocación de un urinario en la escalerilla del Carmen; otra del mismo sobre ampliación de alumbrado en las barriadas de San Antón y Puerta Nueva; a resolución de la Alcaldía, otra, también de dicho señor, solicitando se destine una pareja de guardias municipales a la barriada de la Estación del ferrocarril, y a la Comisión otra del Sr. Villarreal, en la que pide se reconstruya el muro de la calle del Barco.

Se aprueba una moción del Negociado 1.^o, en que se proyecta la construcción de sepulturas, así como el informe de la Comisión de Hacienda en el sentido de que se abone al Contratista de las obras de instalación de la máquina elevadora de aguas una cantidad importe de obra ejecutada.

También se aprueba otro informe, de la misma Comisión, emitido en el sentido de que se devuelva al interesado el descuento sufrido en los haberes del Sr. Perito Bacteriólogo; otro de la Comisión 6.^a, en el que se concede un local del Municipio para establecer un Dispensario de higiene, con la condición de que el Ayunta-

miento no tendrá a su cargo el sostenimiento del mencionado Dispensario, y se aprueba provisionalmente el Padrón de Beneficencia del año actual.

Queda aprobado otro informe, de la Comisión de Impuestos, en el que propone se devuelvan a D. Epifanio de la Azuela las cantidades ingresadas por silicatos en el año 1916, y se acuerda que dichas cantidades pasen a créditos reconocidos, por no haber consignación en el presupuesto actual.

Se pone a discusión un informe, también de la Comisión de Impuestos, emitido desfavorablemente en la instancia de D. Félix Sánchez, solicitando se den de baja unos recibos del impuesto de alcantarillado, por no haber usado del servicio, y a propuesta del Sr. Mora, y por mayoría de votos, se acuerda desechar el informe y acceder a lo solicitado por dicho señor.

Después de una serie de dimes y diretes entre los Sres. Concejales, se acuerda devolver el depósito constituido por D. Francisco Solana para responder de un juicio administrativo en el que ha resultado absuelto.

Se aprueban dos informes emitidos en dos instancias pidiendo devolución de cantidades indebidamente satisfechas.

Se lee la resolución del Sr. Delegado de Hacienda en el recurso entablado por el Sr. Camarasa contra el fallo de la Junta; acordándose no apelar.

Se suspende la sesión hasta el siguiente día.

NECROLOGÍA

Víctima de una rápida enfermedad ha fallecido en Quintanar de la Orden, el día 13 de los corrientes, a la avanzada edad de 83 años, el virtuoso Sacerdote D. Ruperto de Contreras Patiño.

Reciban nuestro más sentido pésame D. Enrique y D. Ramón de Contreras y D. Joaquín de Lodaes, a la vez que pedimos a nuestros lectores una oración por el alma del finado.

—El lunes 19, a las once, fué conducido a su última morada el cadáver del joven de diecisiete años D. Manuel Fernández Vicenti, hijo político del reputado farmacéutico D. José María de los Santos, tan estimado entre la buena sociedad toledana, a quien, así como a su señora D.^a Elvira Vicenti, ofrecemos la expresión de nuestro sentido pésame.

NOTICIAS

Órdenes generales.

El «Boletín Oficial del Arzobispado» publica el siguiente anuncio de la Secretaría de Cámara y Gobierno:

«El viernes y sábado, ante Dom. Passionis, días 22 y 23 de Marzo próximo, celebrará Órdenes generales, con el auxilio de Dios, su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi Señor. En su consecuencia, los que quieran ser a ellas recibidos, presentarán en esta Secretaría los documentos de costumbre, antes del día 28 de este mes, debiendo los ya admitidos sufrir el examen sinodal el día 5 y siguientes.»

Un robo en Santa Olalla.

La noche del 16 del corriente se cometió un robo en este pueblo, en casa de D. Cayetano Acuña; para verificarlo, los ladrones, por un boquete abierto en el pajar, pasaron al corral, forzando una reja de una ventana de la cocina.

El robo se verificó, según parece, entre ocho y media a nueve, hora en que la casa se encontraba sola, llevándose los ladrones, según cálculo, 12.680 pesetas.

Han sido detenidos siete individuos por recaer en ellos sospechas.

Otro robo en Villasequilla.

Según noticias, en este pueblo se ha cometido un robo de 4.000 pesetas en casa del propietario D. Ignacio Sánchez Majano.

Este señor ha denunciado a la Guardia civil que había notado la falta de citada cantidad en billetes del Banco, y que guardaba en un cajón de una mesa.

Ha sido detenida la sirvienta, mujer de 71 años, y que lleva once al servicio del D. Ignacio; ésta niega el delito y parece no existen cargos de importancia contra ella.

Una Maestra asesinada.

En el inmenso pueblo de Illescas ha sido asesinada la Profesora de instrucción primaria D.^a Agustina Fernández López. Su esposo, Pascasio Ruiz, fué hallado en la misma habitación fuertemente atado, y las personas que a las peticiones de auxilio hechas por éste acudieron, pudieron apreciar gran desorden en los muebles y el cadáver de D.^a Agustina con varias y profundas puñaladas en diferentes partes del cuerpo. El esposo dice han sido robadas 1.270 pesetas, sin que hasta la presente se sepa quién o quiénes puedan ser los autores de este horrendo crimen que tiene consternado al vecindario.

Pascasio Ruiz, esposo de la interfecta, ha sido detenido.

TOLEDO

IMPRESA DE RODRÍGUEZ Y HERMANO. SANTO TOMÉ, 23.—TELÉFONO 61.

ANUNCIOS

Reloj CYRUS

Reloj CYRUS

Reloj CYRUS

LE INTERESA A USTED ESTO

- ¿Saber la hora en que vive?
- ¿Ser puntual en sus citas?
- ¿No perder nunca el tren?
- ¿No dejar pasar la hora del Banco?
- ¿Poseer un reloj exento en absoluto de complicaciones y defectos, sólido, moderno, elegante, de larga duración, de marcha cronométrica?

Con un Reloj CYRUS resuelve usted el problema.

La fábrica del CYRUS fué la primera que en Suiza construyó relojes de gran precisión por el procedimiento de la intercambiabilidad absoluta de todas sus piezas, correspondiendo a ella el honor de tan transcendental invento, que las demás fábricas imitaron después.

Con un Reloj CYRUS resuelve usted el problema.

VENTA EXCLUSIVA EN TOLEDO

BELEN, 15

JOSÉ HURTADO

BELEN, 15

Reloj CYRUS

Reloj CYRUS

Reloj CYRUS

CERA--BELLIDO

(MARCA REGISTRADA)

Velas de aromática cera, de abejas, de aspecto y duración inimitable. Lo mejor que se fabrica. Ahorran dinero sin desdoro de las Rúbricas.—Anunciar cualidades mínimas o máximas, mechas de tal o cual color, ceras de clase primera, segunda o tercera, cuando las abejas no determinan la del panal que elaboran, es nada más que ruido de palabras en pugna con los preceptos de la liturgia y de la economía. Lo que convence es el resultado tan distinto que se nota en la duración, comparando unas velas con otras.

PRECIO: Pesetas, 2'13 libra.

Franca Estación destino desde 3 arrobas

FRANCISCO BELLIDO RUBIO

(Andalucía) Andújar.

GUÍA DEL VIAJERO

Conocido el crédito y apreciada la inmejorable bondad de los artículos por todo el vecindario toledano, con gusto especial recomendamos a todos los que visiten nuestra ciudad o tomen residencia en la misma las casas siguientes:

- Panadería.—Jesús López.—Tahona: Cuesta del Colegio de Doncellas; y Despacho: Plaza de Abastos.
- Ultramarinos.—Sobrinos de Domingo Marín.—Hombre de Palo, 7.
- Confitería.—Francisco Martínez.—Santo Tomé, 17.
- Buñolería.—Pedro Murcia.—Martín-Gamero, 19.
- Farmacia.—G. Lozano.—Hombre de Palo, 23.
- Droguería.—Mariano Miedes.—Comercio, 33.
- Cerería.—Elias Gaián.—Comercio, 62.

- Platería.—Justo Martín-Gamero.—Comercio, 21.
- Sombrerería.—Mariano Mora.—Comercio, 17.
- Café "Español".—Ramón Medina.—Zocodover, 51 y 55.
- La Antigua Funeraria.—Mariano San Román.—Sal, 11.
- Zapatería.—Juan Arévalo.—Comercio, 31.
- Sombrerería de Señoras y Niños.—Felicidad Peñalver.—Solarejo.

SUCESORES

DE

A. JIMÉNEZ

BANQUEROS

Casa fundada en 1840.

Se hacen toda clase de operaciones

Banca.

Cajas de Ahorro.

Horas de Caja:

De nueve a doce y de tres a seis.

SUCURSAL EN TOLEDO:

NUEVA, 16.—TELÉF. 41

LA ELECTRICISTA TOLEDANA

SOCIEDAD ANÓNIMA

Domicilio social: NAVARRO LEDESMA, 22.—TOLEDO

Esta Sociedad pone en conocimiento de sus abonados y del público en general, que desde el día primero de Febrero rigen las siguientes

TARIFAS

ABONO POR CONTADOR

De 1 a 10 Kw. H. cada mes, a 0'65 pesetas.

Pasando de 10 Kw. al mes.

De 1 a 25 Kw. H. cada mes, a 0'60 pesetas.

Pasando de 25 Kw. al mes.

De 1 a 50 Kw. H. cada mes, a 0'55 pesetas.

Pasando de 50 Kw. al mes.

De 1 a 100 Kw. H. cada mes, a 0'50 pesetas.

Pasando de 100 Kw. al mes.

De 1 a más de 100 cada mes, a 0'45 pesetas.

Arriendo de contador, al mes, 0'50 pesetas.

ABONO A TANTO ALZADO

Una lámpara de	10 bujías,	filamento	metálico,	al mes,	1'25 pesetas.
Dos ídem	» 10 ídem	ídem	ídem	» id.	2'40 ídem.
Tres ídem	» 10 ídem	ídem	ídem	» id.	3'00 ídem.
Una ídem	» 16 ídem	ídem	ídem	» id.	1'75 ídem.
Una ídem	» 25 ídem	ídem	ídem	» id.	2'75 ídem.
Una ídem	» 32 ídem	ídem	ídem	» id.	3'50 ídem.
Una ídem	» 50 ídem	ídem	ídem	» id.	4'50 ídem.
Una ídem	» 100 ídem	ídem	ídem	» id.	7'00 ídem.
Una ídem	» 10 ídem	ídem	de carbón	» id.	2'50 ídem.
Una ídem	» 16 ídem	ídem	ídem	» id.	3'50 ídem.
Una ídem	» 25 ídem	ídem	ídem	» id.	5'50 ídem.

Como todos o la mayor parte de los señores abonados lo son en la actualidad a lámparas de filamento de carbón, se ruega a los mismos que, si desean variar su abono a las de filamento metálico, se sirvan pasar al Almacén de la Sociedad a manifestarlo así y modificar el oportuno contrato.

Toledo, 30 de Enero de 1917.—EL DIRECTOR GERENTE